



POR JAVIER EDWARDS RENARD

COMO la novela de su desaparecido personaje C. L. Ávila o Carmen Lewis, *Nuestra Señora de la Soledad* es la quinta entrega de Marcela Serrano, escritora prolífica y perseverante que ha logrado cautivar un público incondicional, la envidia de algunos cuantos pares y el prejuicio de quienes van por la vida como "intelectuales".

En mis anteriores lecturas de la autora, he tenido impresiones contradictorias: por una parte no me gusta su primera prosa —esa y obvia—, tampoco su pretensión de elaborar un discurso de lo fentónico sin mayor novedad que el de los surrealistas; por la otra, resulta inigualable cómo se ha ido superando, la honestidad —a veces ingenua— con que aborda los temas, tratándolos casi en primera persona, sufriendo las emociones, la necesidad de amar de sus personajes femeninos.

En esta novela, escrita en México y minuciosamente, con esa facilidad de la autora para plasmar en sus textos los lugares, colores, aromas, texturas que la seducen, ejercita el género negro, policial, la trama en clave de suspense jugando con sus aspiraciones a lo Sue Grafton, con la posible lectura de *Linda 66* de Fernando del Paso y que —intencionalmente?— terminan pareciendo una simplificación de Agatha Christie, incluida la idea de la desaparición de la escritora, su personaje y, quizás, la propia necesidad que pondrá haber sentido Marcela Serrano de escapar del asedio de su reseña y del de editores, escritores, críticos y lectores en general, una vez convertida en personaje público.

Nuestra Señora de la Soledad está mejor escrita que sus cuatro relatos anteriores. Marcela Serrano se ve más suelta, con un lenguaje flexible, Enriquecido y con mayor dominio en el uso de referencias "culturalistas" de modo que muestran su conocimiento y lo integran con efectividad a la historia que está contando. Sin embargo, el tema de la escritora que desaparece misteriosamente —en México en

vez de Inglaterra, por un abierto "para siempre" a cambio de unos cuantos días—, sus personajes: Rosa Alvalay, la abogada investigadora y narradora oficial del relato, con una voz excesivamente literaria para convencer acerca de su autodescripción, el matrón rígido y absurdito que encarga la búsqueda, el amigo-escritor, Martín Roble de Sánchez, demasiado parecido a uno real que desembula por motivo medio literario, entre otros elementos, dejan la sensación de estar frente a un texto fácil y fluido, porque la escritora renuncia a complicar la vida y hace su novela sin pensar en qué "ciertas coincidencias" podrían debilitar el esfuerzo.

Vamos por parte. *Nuestra Señora de la Soledad* se lee con rapidez y entretenimiento, se desarrolla en base a un trenzado de referencias que obliga al lector a viajar permanentemente de Chile a México —una y vuelta a dejar de studiar a Bosma, los conflictos políticos que, allá, o los niveles de un análisis, el de Rosa Alvalay, que viene desde lo general a lo íntimo, del gurú o el investigador policial?— a la actitud mujer que se las trae, a pesar de los kilos, los años y cierta falta de gracia; o, por último, sin que dejen de aparecer una cierta fermeza a los maestros de la novela policial, a Malcolm Lowry (*Bajo el vórtice*), al poeta William

Blake, o el inserto en cursiva de unos textos escritos desde otro punto de vista, con un dejo más lírico, en los que no queda claro su origen: ¿es Santiago Blanco el novelista—amante que la describe?, ¿es la propia Rosa Alvalay que se ejercita como escritora o simplemente una voz anónima introducida para mostrar su capacidad de alcanzar un nuevo registro narrativo? No obstante, al mismo tiempo, uno lee bajo la impresión que la autora no se percató de que su C. L. Ávila y su personaje Pamela Hawthorne son inexcusabilmente parecidos a la Christie y Miss Marple, que esa ideal de la desaparición, del querer esfumarse también se desprende de alguna entrevista dada por la propia Marcela Serrano o, por último, que el personaje narrador tiene el mismo aire —también la novela— de la secretaria que nos cuenta el *Qui pro Quo* de Gesualdo Hafflinic: Esther Scamporrino, alias Agatha Sotheby.

Una otra, gata por liebre, Serrano es un poco C. L. Ávila y Rosa Alvalay, y todas son Agatha Christie o Sotheby, pero, aunque se lea con entretenimiento y *Nuestra Señora de la Soledad* entre mejor escrita, la repetición minética en literatura no debe ser más que un juego. El escritor también debe buscar la originalidad, el aporte de algo completamente propio e idéntico a sí mismo. El libro puede seguir en el almacero uno de ventas, fue escrito pensando, entre otras cosas en ello; Marcela Serrano debe seguir mejorando.



592986

EL MUSEO. 1991. P. 3
30-X-1991

La desaparición de Marcela "Agatha" Serrano [artículo]

Javier Edwards Renard

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Javier

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La desaparición de Marcela "Agatha" Serrano [artículo] Javier Edwards Renard. ii.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)